

Comentario al evangelio del lunes, 14 de julio de 2014

La Cruz y la espada

Los actos religiosos, como oraciones, ofrendas y sacrificios, no funcionan de manera automática y al margen del espíritu con que se hacen. El hombre puede realizarlos para justificarse ante Dios, tratando de esconderle sus malas acciones, o también para tratar de manipularlo y atraerse su favor, sin cambiar su corazón y su conducta. Los profetas de Israel, como hoy Isaías, hacen saber al pueblo que tales acciones, por más insistentes que sean, le son abominables a Dios. Y no porque sean innecesarias, sino porque deben ser la expresión de un modo de vida orientada hacia el bien, que reconoce el propio pecado y la necesidad de purificación, y se prolonga en obras de justicia, sobre todo en la ayuda al necesitado. En el caso del cristianismo el divorcio entre piedad y vida es todavía más grave, pues todos los sacrificios y ofrendas no son sino la memoria y la actualización del único sacrificio de Cristo: es como pretender agradar al Cristo presente en la Eucaristía dándole la espalda al Cristo que sufre en sus pequeños hermanos.

Para realizar con sentido cualquier acción religiosa es preciso hacer previamente una elección radical y no siempre fácil. Es a esto a lo que se refiere Jesús en el Evangelio de hoy con palabras que pueden escandalizar a los espíritus blandos. Es claro que Jesús no es un belicista, ni está a favor de la violencia, pero si dice que ha venido a traer la espada y no la paz, es porque tomar partido por Él no es una elección fácil y pacífica, porque elegirle a Él es lo mismo que renunciar al mal, aprender a obrar bien, buscar el derecho, enderezar al oprimido, defender al huérfano y a la viuda. La elección de fe conlleva un camino de conversión y un nuevo modo de vida y de relación. Y no es fácil pues con frecuencia encuentra la oposición de nuestro entorno, incluso de familiares y amigos, y choca siempre con la oposición interna de nuestro yo rebelde. Para elegir a Cristo, su Reino y su justicia, hay que asumir tensiones y rupturas, hay que aceptar la cruz. Este es, además, el mejor modo de amar bien a cercanos y lejanos, incluso a los que se nos oponen. Cuando vivimos en la dinámica de esa elección, rehecha cada día, oraciones, ofrendas y sacrificios (culminados en la Eucaristía) expresan esa elección y nos ayudan a avanzar por el camino.

[San Camilo de Lellis](#) (1550-1614), al que la liturgia recuerda hoy, es un buen ejemplo de esta elección auténtica y difícil, pero posible. Él cambió la espada militar por la cruz de Cristo, al que descubrió especialmente en el rostro de los que sufren, y a cuyo servicio consagró su vida, un servicio que se prolonga hasta nuestros días por medio de la familia religiosa que fundó.

José M. Vegas cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org